

El maestro de esgrima, Arturo Pérez Reverte

Dos fragmentos que leer antes del 4 de diciembre

(La esgrima)

—Todo el arte, toda la ciencia que intento inculcar en ustedes se resume en una sola palabra: eficacia... Alvarito Salanova levantó los ojos y cruzó con el joven Cazorla una mirada de mal disimulado rencor. Don Jaime hablaba con el botón del florete apoyado en el suelo y las dos manos sobre el pomo de la empuñadura:

—Nuestro objetivo —añadió— no es encandilar a nadie con un airoso floreo, ni realizar discutibles hazañas como las que acaba de ofrecernos don Álvaro; hazaña que podía haberle costado muy cara en un asalto a punta desnuda... Nuestra meta es dejar fuera de combate al adversario de forma limpia, rápida y eficaz, con el menor riesgo posible por nuestra parte. Nunca dos estocadas si basta con una; en la segunda puede llegarnos una peligrosa respuesta. Nunca poses gallardas o exageradamente elegantes si desvían nuestra atención del fin supremo: evitar morir y, si es inevitable, matar al adversario. La esgrima es, ante todo, un ejercicio práctico.

—Mi padre dice que la esgrima es buena porque es higiénica —protestó comedidamente el mayor de los Cazorla—. Eso que los ingleses llaman sport.

Don Jaime miró a su discípulo como si acabase de escuchar una herejía.

—No dudo que su señor padre tendrá sus motivos para afirmar tal cosa. No lo dudo en absoluto. Pero yo le aseguro a usted que la esgrima es mucho más. Constituye una ciencia exacta, matemática, donde la suma de determinados factores conduce invariablemente al mismo producto: el triunfo o el fracaso, la vida o la muerte... Yo no les dedico mi tiempo para que hagan sport, sino para que aprendan una técnica altamente depurada que un día, a requerimiento de la patria o del honor, puede serles muy útil. Me tiene sin cuidado que ustedes sean fuertes o débiles, elegantes o desmañados, que estén tísicos o perfectamente sanos... Lo que importa es que, con florete o sable en la mano, puedan sentirse iguales o superiores a cualquier otro hombre del mundo.

—Pero existen las armas de fuego, maestro —aventuró tímidamente Manolito de Soto—. La pistola, por ejemplo: parece mucho más eficaz que el florete, e iguala a todo el mundo —se rascó la nariz—. Como la democracia.

Jaime Astarloa arrugó el entrecejo. Sus ojos grises se clavaron en el joven con inaudita frialdad.

—La pistola no es un arma, sino una impertinencia. Puestos a matarse, los hombres deben hacerlo cara a cara; no desde lejos, como infames salteadores de caminos. El arma blanca tiene una ética de la que todas las demás carecen... Y si me apuran, diría que hasta una mística. La esgrima es una mística de caballeros. Y mucho más en los tiempos que corren.

Paquito Cazorla levantó una mano con aire de duda.

—Maestro, yo leí la semana pasada en *La Ilustración* un artículo sobre esgrima... Las armas modernas la están volviendo inútil, decía poco más o menos. Y la conclusión era que sables y floretes terminarán siendo piezas de museo...

Movió don Jaime lentamente la cabeza, como si hubiera escuchado hasta la saciedad la misma canción. Contempló su propia imagen en los grandes espejos de la galería: el viejo maestro rodeado por los últimos discípulos que permanecían fieles, velando a su lado.

¿Hasta cuándo?

—Razón de peso para seguir siendo leales —respondió con tristeza, sin aclarar si se refería a la esgrima o a él mismo.

Con la careta bajo el brazo y el florete apoyado sobre el escaupín del pie derecho, Alvarito Salanova hizo una mueca escéptica:

—Tal vez algún día ya no habrá maestros de esgrima —dijo.

Hubo un largo silencio. Jaime Astarloa miraba abstraído a lo lejos, como si observara el mundo más allá de las paredes de la galería.

—Tal vez —murmuró, absorto en la contemplación de imágenes que sólo él podía ver—. Pero déjeme decirle una cosa... El día que se extinga el último maestro de armas, cuanto de noble y honroso tiene todavía la ancestral lid del hombre contra el hombre, bajará con él a la tumba... Ya sólo habrá lugar para el trabuco y la cachicuerna, la emboscada y el navajazo.

Los cuatro muchachos lo escuchaban, demasiado jóvenes para comprender. Don Jaime los miró uno por uno, deteniéndose finalmente en Alvarito Salanova.

—En realidad —las arrugas se agolpaban en torno a sus ojos sonrientes, amargos y burlones— no les envidio a ustedes las guerras que vivirán dentro de veinte o treinta años.

En ese momento llamaron a la puerta, y nada volvió a ser igual en la vida del maestro de esgrima.

(*La tertulia.*)

Había revuelo en la tertulia del Progreso. Agapito Cárceles blandía como una bandera un ejemplar de *La Nueva Iberia* con fecha atrasada. En un sonado editorial, bajo el título «La última palabra», se revelaban ciertos acuerdos secretos establecidos en Bayona entre los exiliados partidos de izquierda y la Unión Liberal con vistas a la destrucción del régimen monárquico y la elección por sufragio universal de una Asamblea Constituyente. El asunto databa de tiempo atrás, pero *La Nueva Iberia* había hecho saltar la liebre. Todo Madrid hablaba de ello.

—Más vale tarde que nunca —aseguraba Cárceles, agitando provocador el periódico ante el enfurruñado bigote de don Lucas Rioseco—. ¿Quién decía que ese pacto era contra natura?

¿Quién? —puñetazo exultante sobre el papel impreso, ya bastante manoseado por los contertuliosLos obstáculos tradicionales tienen los días contados, caballeros. La *Niña*, a la vuelta de la esquina.

—¡Nunca! ¡Revolución, nunca! ¡Y república mucho menos! —a pesar de su indignación, a don Lucas se le veía algo apabullado por las circunstancias—. Como mucho, y digo como mucho, don Agapito, Prim tendrá prevista una solución de recambio para mantener la monarquía. El de Reus jamás daría vía libre al marasmo revolucionario. ¡Jamás! A fin de cuentas es un soldado. Y todo soldado es un patriota. Y como todo patriota es monárquico, pues...

—¡No tolero insultos! —bramó Cárceles, exaltado—. Exijo que se retracte, señor Rioseco. Don Lucas, cogido de través, miró a su antagonista con visible desconcierto.

—Yo no lo he insultado, señor Cárceles.

Congestionado por la ira, el periodista puso al cielo y a los contertulios por testigos:

—¡Dice que no me ha insultado! ¡Dice que no me ha insultado, cuando todos ustedes han oído perfectamente a este caballero asegurar, de forma gratuita e inoportuna, que yo soy monárquico! .

—Yo no he dicho que usted...

—¡Niéguelo ahora! ¡Niéguelo usted, don Lucas, que se dice hombre de honor! ¡Niéguelo, ante el juicio de la Historia que lo contempla!

=Me digo y soy hombre de honor, don Agapito. Y el juicio de la Historia me importa un rábano. Además, no viene al caso... ¡Diantre!, tiene usted la virtud de hacer que pierda el hilo. ¿De qué diablos estaba hablando?

El dedo acusador de Cárceles apuntó al tercer botón del chaleco de su interlocutor.

—Usted, señor mío. Usted acaba de afirmar que todo patriota es monárquico. ¿Es cierto o no lo es?

—Es cierto.

Cárceles soltó una carcajada sarcástica, de acusador público a punto de enviar al reo convicto y confeso al garrote vil.

—¿Acaso soy yo monárquico? ¿Acaso soy yo monárquico, señores?

Todos los presentes, incluido Jaime Astarloa, se apresuraron a declarar que ni por asomo. Triunfante, Cárceles se volvió hacia don Lucas:

—¡Ya lo ve!

—¿Qué es lo que tengo que ver?

Yo no soy monárquico, y sin embargo, soy un patriota. Usted me ha insultado, y exijo una satisfacción.

—¿Usted no es un patriota ni harto de vino, don Agapito!

—¿Que yo...?

En este punto fue precisa la ritual intervención del resto de la tertulia para evitar que Cárceles y don Lucas llegaran a las manos. Serenados los ánimos, volvió la conversación general a discurrir por las cábalas políticas que se hacían sobre una eventual sucesión para Isabel II.

—Quizás el duque de Montpensier —apuntó Antonio Carreño a media voz—. Aunque aseguran que Napoleón III le tiene puesto el veto.

—Sin descartar —puntualizó don Lucas, ajustándose el monóculo caído durante la reciente refriega— la posible abdicación en el infante don Alfonso...

Aquí volvió a saltar Cárceles como si le hubiesen mentado a la madre:

—¿El Puigmoltejo? Usted sueña, señor Rioseco. No más Borbones. Se acabó. *Sic transit gloria borbónica* y otros latines que me callo. Bastante hemos tenido ya que sufrir los españoles con el abuelo y con la mamá. Sobre el padre no me pronuncio por falta de pruebas.

Terció Antonio Carreño con sensatez de funcionario técnico, detalle que lo ponía a salvo de quedar cesante fueran por donde fuesen los tiros.

—Tendrá que reconocer, don Lucas, que las gotas han colmado el vaso de la paciencia española. Algunas de las crisis palatinas organizadas por Isabelita responden a motivos que sonrojarían al más pintado.

—¡Calumnias!

—Bueno, calumnias o lo que sean, en las logias consideramos que se han rebasado los límites de lo tolerable...

Don Lucas, congestionado el rostro de fervor monárquico, se defendía en las últimas trincheras bajo el ojo guasón de Cárceles. Volvióse hacia Jaime Astarloa, en angustiosa demanda de auxilio.

—¿Usted los oye, don Jaime?... Diga algo, por Dios. Usted es hombre razonable.

El aludido se encogió de hombros mientras removía apaciblemente el café con la cucharilla.

—Lo mío es la esgrima, don Lucas.

—¿Esgrima? ¿Quién piensa en esgrima estando en peligro la monarquía?

Marcelino Romero, el profesor de música, se apiadó del acosado don Lucas. Dejando de masticar su media tostada, hizo una candorosa observación sobre el casticismo y simpatía que, eso nadie podía negarlo, tenía la reina. Sonó la risita sardónica de Carreño mientras Agapito Cárceles cerraba sobre el pianista con clamorosa indignación:

—¡Con casticismo no se gobiernan reinos, señor mío! —espetó—. Para eso es preciso tener patriotismo —mirada de soslayo a don Lucas— y vergüenza.

—Vergüenza torera —remachó Carreño, frívolo.

Don Lucas golpeó el suelo con el bastón, impaciente ante tanto desafuero.

—¡Qué fácil es condenar! —exclamó moviendo tristemente la cabeza—. ¡Qué fácil hacer leña del pobre árbol que se tambalea! Y precisamente usted, don Agapito, que fue cura...

—¡Alto ahí! —interrumpió el periodista—. ¡Eso dígalo en pretérito pluscuamperfecto!

—Lo fue, lo fue aunque le pese —insistió don Lucas, encantado de haber tocado un punto que fastidiaba a su contertulio.

Cárceles se llevó una mano al pecho y puso al cielo raso por testigo.

—¡Reniego de la sotana que vestí en momentos de juvenil obcecación, negro símbolo del oscurantismo!

Asintió gravemente Antonio Carreño, en mudo homenaje a tal alarde retórico. Don Lucas seguía a lo suyo:

—Usted que fue cura, don Agapito, debe saber mejor que nadie una cosa: la caridad es la más excelsa de las virtudes cristianas. Hay que ser generoso y tener caridad cuando se enjuicia la figura histórica de nuestra soberana.

—Su soberana de usted, don Lucas.

—Llámela como quiera.

—La llamo de todo: caprichosa, voluble, supersticiosa, inculta y otras cosas que me callo.

—No estoy dispuesto a tolerar sus impertinencias.

Los contertulios se vieron de nuevo en la obligación de pedir calma. Ni don Lucas ni Agapito Cárceles eran capaces de matar una mosca, pero todo aquello formaba parte de la liturgia repetida cada tarde.